

Cuando llegámos, ya el amigo Payán nos tenía alojamiento y la comida estaba lista en un rancho vecino, el cual tenía el pomposo nombre de *restaurante*.

Al día siguiente muy temprano nos embarcámos en una canoa muy grande ranchada y manejada por un negro llamado *Cotico*.

Le tengo conseguido el mejor boga que hay en el puerto, le dijo el señor Payán a mi padre, y efectivamente así lo pudimos apreciar en la navegación del río Dagua, que duraba todo el día, y sobre todo a nuestra llegada a Buenaventura.

Para dar idea del tamaño de la canoa, basta saber que tenía dos ranchos; bajo uno de ellos se acomodó mi padre con uno de mis hermanos, en el otro se acomodaron mis otros dos hermanos, y yo preferí situarme en el centro, que quedaba a descubierto, para poder ver el paisaje de las dos riberas del río y la infinidad de canoas que subían y bajaban llevando carga y pasajeros.

Los baúles y maletas iban en los extremos de la canoa, los cuales ocupaban el negro Cotico y su ayudante, que era un negro joven de unos 20 años de edad. Los baúles iban forrados en encerados y así tenían que viajar todos los bultos desde Buenaventura a cualquier lugar del interior para guarecerse de las lluvias. Las personas que ocupaban los ranchos podían ir sentadas o acostadas.

Como en esa región llueve constantemente, cuando llovía, yo me metía debajo de uno de los ranchos.